

la sesion anual de la Asociacion Nacional de Maestros, que tuvo lugar el año de 1886 en Indianápolis.

3.º *Se establecen los gobiernos para el bien comun.*—Este principio está muy lejos de ser una generalizacion de los fines á que tienden los gobiernos existentes, ó de los fines á que tendieron los que precedieron á éstos; dicha generalizacion vendria á quedar reducida á lo siguiente: se establecen los gobiernos para el bien de los pocos á expensas de los muchos. La Inglaterra, el país más libre del mundo despues del nuestro, concede privilegios especiales á su nobleza y á su iglesia establecida, y no sólo provee poco para la educacion de las masas del pueblo, sino que niega á clases numerosas de éste el derecho de sufragio. Pero al mismo tiempo que se administran formas de gobierno monárquicas, oligárquicas y aristocráticas en el interes de los pocos, nuestro ideal de gobierno se establece para promover el bien comun. ¿Porqué ha de concederse honores á una clase de hombres, y se ha de oprimir á otra? ¿Donde está la sancion divina para el poder que confiere coronas, cetros, medios de subsistencia, asientos en los cuerpos legislativos y títulos de nobleza, en atencion únicamente á la adventicia circunstancia del nacimiento? ¿Ha escrito Dios en alguna parte, ó ha dado á conocer al corazon del hombre que las masas de la familia humana han de ser conservadas en la ignorancia, y obligadas á trabajar todo el curso de su vida á fin de que unas pocas personas privilegiadas vivan entre el lujo y ocupen puestos de poder? No; los gobiernos se establecen para el bien comun, y así lo entendieron Juan Adams, Tomás Jefferson, Alejandro Hamilton, Santiago Madison, Juan Jay y Benjamin Franklin. ¿Existe algun ciudadano americano que dude de la verdad del principio? Por haberse apartado de él un poco de tiempo, esta nacion ha sido cruelmente castigada, y ahora nos mostramos casi prontos á extender los conocimientos y los derechos civiles á todos con entera imparcialidad. Los hombres no se hicieron para béstias de carga, y todo gobierno que continúa largo tiempo tratándolos como á tales, se desvía del camino marcado por la Providencia, y tiene en toda probabilidad que perecer. La grande obra del mundo es desenvolver cuanto hay de bueno en las potencias del hombre; y el propósito de Dios, aquí como en todas partes, ha de llevarse á cabo.

Sin hacer una aplicacion especifica de estos principios, pero con referencia directa á ellos, procederé ahora á indicar las grandes doctrinas educacionales que de ellos se desprenden, y con las cuales se armonizan:

1.º *Los sistemas de educacion en este país debieran ser populares en su carácter.*—La autoridad para establecer tales sistemas debiera derivarse directamente del pueblo. Una República en el sentido americano de la palabra, es un orga-

nismo, no un mecanismo: crece, no se hace. La fuerza que amolda su ser y forma su vida viene de adentro y no recibe imposicion ninguna de fuera; sus partes estan en coherencia no por presion externa sino por atraccion interna, y sus sistemas educacionales, sus colegios y escuelas, tienen para con la nacion la relacion de las flores y las frutas para con las plantas sobre las cuales crecen, y no la de las esculturas y dorados para con las estructuras que adornan.

MORAL.

Cien cuentos morales para los niños
POR C. SCHMIDT.

XVII.

EL NABO.

Un pobre jornalero, habiendo cultivado cuidadosamente unos nabos en su jardinito, cogió uno de un grueso tan extraordinario que era el asombro de todo el mundo.

—Voy á llevarle á palacio, dijo, y se lo daré al príncipe, porque le gusta mucho ver los campos y los jardines bien cultivados.

En su consecuencia, tal como lo pensó lo hizo. Llevó el nabo á palacio, y el príncipe le prodigó los elogios que merecia su laboriosidad, le dió las gracias por su atencion y le regaló dos onzas de oro. Un labrador del mismo pueblo, que era muy rico y muy avaro oyó hablar de esto, y se dijo á sí mismo: No haria yo mal de ir á ofrecer al príncipe el mejor de mis carneros; puesto que ha dado dos onzas de oro por un nabo, á mí me dará más por un hermoso carnero. Dicho y hecho. Echa una cuerda al mejor de sus carneros, se lo lleva al príncipe y le ruega que se sirva aceptarlo. Este penetró inmediatamente el motivo del vil interes que habia llevado á aquel avaro aldeano á ofrecerle el regalo, y conociendo su fingida generosidad, rehusó aceptar el presente. Tanto fué lo que instó y rogó el aldeano para que lo aceptase, que al fin el prudente príncipe le dijo: —Pues bien, ya que me obligas á que admita tu regalo no quiero ser ménos generoso contigo que tú lo has sido conmigo y voy á darte en cambio una cosa que ha costado el triple del valor de tu carnero. Al decir estas palabras, ofreció el avaro que se hallaba confuso y cortado... el gran nabo de que habia oido hablar.

El hombre justo y honrado
En todos encuentra aprecio;
Pero al hipócrita vil
Se le mira con desprecio.

IMPRENTA DEL ESTADO.

181